A48
1523

BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA.

MORIRSE A TIEMPO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO MACARRO.

Estrenado con gran éxito en el teatro Martin en la noche del 25 de Octubre de 1879.

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR,
Atocha, 87, principal izquierda.

1880.

MORIRSE A TIEMPO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO MACARRO. y Gallardo

Estrenado con gran éxito en el teatro Martin en la noche del 25 de Octubre de 1879.

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR,
Atocha, 87, principal izquierda.

1880.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Emilia.	Srta. Mendoza.
Rafaela.	» Segura.
Eladia.	» Urrútia.
Serafin.	Sr. Mesejo.
D. Leon.	» Capilla.
Cárlos.	» Fuentes.

La accion en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad del editor de la Biblioteca lírico-dramática, *D. Enrique Arregui, y nadie sin su permiso podrá representarla.*

Los representantes de esta Galería son los encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Alvarez Hermanos, San Pedro, 16.

ACTO ÚNICO

Gabinete modestamente amueblado.—A la izquierda puerta en primer término y balcon en segundo.—Dos puertas á la derecha en primero y segundo término.—Mesa en el centro con herramientas de relojero y un quinqué encendido.

ESCENA PRIMERA.

Aparece SERAFIN *componiendo un áncora de oro y cantando.*

SERAFIN. Apuesto dos contra seis que no hay en todo el globo terráqueo un hombre más filarmónico que yo; sin duda mi querido papá, á quien no conocí, debió ser sorchantre *in partibus*, ó director de alguna murga. Pues, señor, este reloj me va á marear; el volante no cede. Pues como decia, yo, soy muy filarmónico, y la música que más me gusta es la de los Bufos. Cómo me entusiasma aquello de

Yo soy barba azul ¡olé!
mejor viudo no se vé!

Y á propósito de viudo; ¡quién lo fuera!, sea esto dicho con perdon de mi pobrecita mujer. Y menos mal si no tuviese á mi lado á la Sardanápalo de mi suegra... ¡Y qué suegra, caballeros! Si la rifo, no hay quien me tome una papeleta, aunque la ponga á perro chico. Caballeros, ¿saben ustedes lo que es suegra? No me refiero á la de rosca, sino á la de carne y hueso. Algunos de ustedes se habrán extraido una muela; sabrán, por lo tanto, el rato de placer

que recibe el individuo; pues es preferible sacarse toda la dentadura á tener suegra. (*Se le cae al suelo el relój.*) ¡Adios, áncora! Hasta nombrar á una suegra es perjudicial. ¡Hui! se ha estropeado el pelo, se ha roto el cristal y se ha perdido un tornillo... y hoy que vienen por ella... ¡Paciencia! (*Campanilla dentro.*) ¿Quién llamará con tanta prisa?

ESCENA II.

SERAFIN *y* CARLOS *que sale muy precipitado.*

CÁRLOS. ¡Ay! Serafin, escóndeme, ó soy perdido.

SERAFIN. No temas, estás en mi casa.

CÁRLOS. Es que no estoy seguro en ninguna parte.

SERAFIN. ¿Pero hombre, á qué viene esta especie de pantomima? Tanto tiempo sin tener el gusto de abrazarte, y cuando te veo es de esta manera. Cuéntame lo que te ocurre.

CÁRLOS. Me encuentro en un gran compromiso. Tomé parte en la última insurreccion, y me hallo perseguido... Si me cojen... ¡ay de mí!... figúrate... pim... pam... pum; me fusilan.

SERAFIN. Parece que estás poniendo un parte telegráfico.

CÁRLOS. Al entrar ahora he visto en la acera de enfrente un agente de policía examinando detenidamente estos alrededores; es probable que indaguen mi paradero, y entonces ¡ay de mi y de tí! Á los dos nos huele la cabeza á pólvora.

SERAFIN. ¡Demonio! ¿Á mí por qué?

CÁRLOS. Te complicarian como encubridor.

SERAFIN. ¿Es de veras?

CÁRLOS. Como lo digo.

SERAFIN. Pues me ha entrado la fortuna por las puertas, pero tal vez te hayas equivocado; ese agente miraria á otra parte. Como estás tan intranquilo los huéspedes te se antojan dedos... digo, no, los dedos...

CÁRLOS. Amigo mio, no me desampares. ¿Puedo contar contigo?

SERAFIN. ¿Y qué he de hacer ya? Me pones en un compromiso; ¿pero qué remedio? Aquí tendrás una casa donde refugiarte, y una familia. Y á propósito de familia, ¿no tienes en Madrid ningun pariente?

CÁRLOS. Sí, amigo mio; una hermana á quien adoro; pero esa es justamente mi desgracia.

SERAFIN. No comprendo.

CARLOS. Porque está casada con un agente de policía á quien no conozco; es un hombre tan fanático por el cumplimiento de su deber, que si me refugiara en su casa, seria capaz de entregar mi cabeza al Gobierno.

SERAFIN. Tu cuñado debe ser un salvaje.

CARLOS. Pero hablemos de tí. Ya supe en Barcelona que te habias casado.

SERAFIN. ¡Ay!

CARLOS. Con una jóven encantadora.

SERAFIN. ¡Ay!

CARLOS. Chico, esos suspiros son capaces de enternecer al caballo de bronce de la Plaza Mayor. ¿Eres desgraciado con tu esposa?

SERAFIN. Con ella no; con ella solo seria muy feliz; pero tiene un apéndice, un joroba del tamaño del Pico de Tenerife.

CARLOS. ¿Cuál?

SERAFIN. Mi suegra. Díme, ¿te se ha atragantado alguna vez un hueso?

CARLOS. ¿Qué pregunta!

SERAFIN. Es que no habiendo sufrido unas fatigas tan grandes, no es posible comprender lo que es una suegra.

CARLOS. ¿Tan mala es?

SERAFIN. Mala, no, ¡malísima! Una marisabidilla, viuda de un médico; ahora la ha dado por las ciencias, sobre todo por la cirujía. Esta es una de las rarezas que la dominan y que me harian pasar unos ratos muy divertidos, sino fuera porque con otras chocheces me tiene desesperado.

CARLOS. ¿Y qué chocheces son esas?

SERAFIN. Una de ellas es la de no dejarnos al matrimonio vivir en paz. Si llevo á mi mujer al café, mi suegra al lado. Si vamos al teatro, idem. Y, en fin, hombre (*hablándole al oido*) siempre al lado.

CARLOS. ¡Qué atrocidad!

SERAFIN. Ahí creo que viene. (*Se oyen dentro las voces de doña Eladia y Emilia.*)

CARLOS. Bueno: preséntame.

SERAFIN. No; ocúltate, ya lo haré en ocasion más oportuna. Hoy barrunto tempestad. Mira, cuelga esa áncora en un estante de relojes que encontrarás ahí en mi taller. Cierra bien. (*Váse Cárlos primera puerta derecha, cerrándola*).

ESCENA III.

SERAFIN, DOÑA ELADIA Y EMILIA.

EMILIA. Si no puedo creerlo.

ELADIA. ¿Dudarás ante las pruebas?

EMILIA. Ahora lo veremos.

SERAFIN. ¿Qué hay? (*Se coloca entre las dos*).

ELADIA. Hay, mi señor don Serafin, que usté es el demonio!

SERAFIN. No me apropie usté su apellido y deje hablar á mi mujer. Habla remonona. (*La hace una caricia.*)

EMILIA. Quita, infame; todo se ha descubierto.

SERAFIN. (Adios, descubrieron á Cárlos. Soy muerto.)

EMILIA. Ya me figuraba que tu aficion á los Bufos escondia un fin perverso.

SERAFIN. (Pues no es lo que yo creia.)

ELADIA. Esa es la palabra, perverso.

SERAFIN. Vamos despacito. ¿Á qué vienen estas voces?

ELADIA. Vienen caballero, á que usté es un Maquiavelo, un Sardanápalo, un Mefistófeles, un bígamo.

SERAFIN. Echa, echa. Pero, ¿me quieren ustedes esplicar...

EMILIA. ¡Y lo pregunta!

ELADIA. ¡Y se atreve á preguntarlo!

SERAFIN. Pues es claro, si no lo sé.

ELADIA. ¡Caballero! La espada de Némesis caerá sobre los culpables.

SERAFIN. ¿Quién fué esa señora?

ELADIA. ¡Ignorante! la diosa de la justicia.

SERAFIN. Me alegro saberlo, mamá Diccionario.

ELADIA. ¿Se burla usted, todavía?

SERAFIN. Vaya, dejémonos de cuentos y sabidurías. ¿Á qué vienen estas voces?

EMILIA. Entérese usted; evíteme el sonrojo de tener que confesárselo. (*Saca una carta sin sobre y se la da á Serafin.*)

ELADIA. (Tragó el anzuelo. De esta no escapa.)

SERAFIN. ¿Qué papel es este?

Papeles son papeles (*Cantando.*)
cartas son cartas,
palabras de mujeres...

ELADIA. ¡Qué cinismo!

EMILIA. ¡Qué picardía! ¡Y se pone á cantar!

SERAFIN. «Señora doña Emilia: una amiga íntima la aconseja que prohiba á su marido que visite tan á menudo á los Bufos, pues cuenta á una amiga íntima entre la troups suripantesca.»
(Me he quedado como quien vé visiones.)

ELADIA. Ahí lo tienes confundido. (Ya logré mi objeto.)

EMILIA. Serafin, habla. (*Zarandeándole*).

ELADIA. Hable usted, Serafin.

SERAFIN. Ea, basta de zarandeo que no soy cedazo.

EMILIA. Pues contesta.

ELADIA. ¡Qué ha de contestar! Calla como un muerto, prueba del crímen. *Mortus civicum.*

SERAFIN. Señora, déjeme de palabrotas. Esto es un anónimo infernal de algun enemigo de mi dicha.

ELADIA. ¡Buena dicha!

SERAFIN. Justo. Este es un Paraiso en el que no falta por desgracia la serpiente.

ELADIA. ¿Ves? ¡Ya me insulta!

EMILIA. ¡Pícaro!

ELADIA. Lo que más siento es que ha matado las más bellas ilusiones de mi niña.

EMILIA. Mamá de mi alma. *(Abrazándola y llorando).*

SERAFIN. Anda morena, ahora el diluvio.

ELADIA. Llora, hija mia, llora en mis brazos la infidelidad de ese Tenorio sin trusas.

SERAFIN. Pero mamaita.

ELADIA. ¿Qué quiere usted?

SERAFIN. ¿Qué es lo que usted se propone con estas cosas?

ELADIA. Me propongo lograr la dicha de mi hija.

SERAFIN. Nuestra desgracia es lo que va usted á conseguir... Repito que esto es una trama cobarde. Vamos, Emilia mia. Tu Serafin, tu Serafinito no quiere más que á su terroncito de azúcar. Dáme un abrazo. (Aunque no sea más que por que rabie esa víbora.)

ELADIA. ¡Solapado! con esas cosas nos engaña.

SERAFIN. Para probarte que no es verdad, no saldré las pocas horas que me deja libre el trabajo más que contigo.

EMILIA. No quiero.

SERAFIN. Mira, esta noche te compro un abrigo y á usted una papalina francesa; mira, mira lo que tengo, un billete de Banco. (*Se le enseña*).

EMILIA. ¿Le perdono, mamá?

ELADIA. De almas nobles es perdonar las ofensas.

SERAFIN. (Veinte duros me cuesta hoy la tranquilidad de mi casa.)

ELADIA. Pero se guarda el billete.

SERAFIN. Pues ya lo creo.

ELADIA. Cójelo.

SERAFIN. No te compongas que ya no vas... (*Cantando.*)

ELADIA. ¿Pero se está usted burlando de mí?

SERAFIN. No señora; estoy cantando los toros del Puerto.

ELADIA. Basta ya de sufrimientos. Esto es necesario que tenga un término, y lo tendrá.

SERAFIN. Si, señora, sí; esto ha de tener un fin trágico.

ELADIA. Qué, ¿se va usted á saltar la masa encefálica para curarse de su amor?

SERAFIN. Lo que yo voy á dar es el salto mortal desde el balcon á la calle si usted no sale de esta casa.

ELADIA. Me echa, ¡hija mia!

EMILIA. ¡Serafin!

SERAFIN. No hay Serafin que valga.

ELADIA. Está bien; sé cuál es mi deber.

EMILIA. Por Dios, mamá.

ELADIA. Déjame; si le comprendo. Quiere separarte de mí; del fiel Argos que vigila sus picardías.

SERAFIN. (Así te quedaras ciega.)

ELADIA. Pero saldré, no tengas cuidado. Voy á liar mis bártulos y en seguida me marcho.

EMILIA. Mamá.

ELADIA. Yo te aseguro que no le ha de quedar una víscera en su cuerpo que no tiemble antes de poco.

ESCENA IV.

SERAFIN Y EMILIA.

SERAFIN. Era preciso que esto concluyera de una vez. ¡Pues no me faltaba otra cosa! (*Llora Emilia.*) Emilia, por Dios, no llores.

EMILIA. Sera... Sera... Serafin.

SERAFIN. ¿A qué viene ese llanto?

EMILIA. Le has faltado á mamá.

SERAFIN. Yo no la he faltado. Ella es la que me sobra á mí. No creas que la echaré de ménos.

EMILIA. Despides á mi ángel protector.

SERAFIN. Es al demonio á quien despido.

EMILIA. Pues si ella se va, yo tambien.

SERAFIN. Pero hija, repara que...

EMILIA. No, tú no me quieres cuando consientes...

SERAFIN. Sí, hija mia, te quiero mucho; pero no me encuentro con fuerzas para sufrir más á tu madre. Por quítame allá esas pajas arma un caramillo. Además yo no la abandonaré; la señalaré un sueldo de real y medio para que se lo coma feliz, fuera de esta casa; porque, hija mia, nuestra mamá se asimila mucho á la tea de la discordia.

EMILIA. Mi resolucion es irrevocable... Las dos, ó ninguna.

SERAFIN. Pero hija, pudiéndose confundir nuestros espí-

ritus, los dos solitos, juntitos, siempre como dos tortolitos. ¡Ay, que gustito!

EMILIA. Yo como tú lo deseo, pero pruébame que me amas.

SERAFIN. ¡Cómo!

EMILIA. Pídele perdon á mamá.

SERAFIN. No, ¡caramba! eso...

EMILIA. Pues me marcho.

SERAFIN. No, mujercita mia, no te vayas. Haré lo que tu quieras. ¡Cómo ha de ser!

EMILIA. ¡Ah! ¡qué bueno eres!

SERAFIN. En cambio hazme un favor.

EMILIA. ¿Cuál?

SERAFIN. Pídela perdon por mí.

EMILIA. Bueno, yo lo arreglaré. Despues de todo, ¿qué delito es el de la pobre anciana? Querernos con pasion y solo desea que ninguna nube empañe nuestra felicidad.

SERAFIN. Y para quitar la nube, me descarga diariamente un chaparron con acompañamiento de truenos y relámpagos.

EMILIA. Ea, no seas tonto, súfrelo todo por mí. Por lo demás yo estoy segura de tu cariño. No vayas á los Bufos y me probarás de veras que me amas.

SERAFIN. No, si á mí no me cuesta trabajo. Lo que tú quieras, esposa mia.

EMILIA. Y yo en pago te recompensaré esta noche en la cena obsequiándote con dos platos que he aderezado y que te gustan mucho.

SERAFIN. ¿El qué?

EMILIA. Albondiguillas y alcachofas rellenas.

SERAFIN. ¡Alza! ya se me hace la boca agua.

EMILIA. Pues voy á mandar á la criada que ponga la mesa.

ESCENA V.

SERAFIN SOLO, DESPUES RAFAELA.

SERAFIN. Qué bien dicen, que no hay paraiso sin serpien-

te. Vean ustedes qué feliz podia yo ser con ese ángel si no tuviera al lado al cocodrilo de mi suegra. En fin, cómo ha de ser! Paciencia.

RAFAELA. Me siguen. ¿Si será él?

SERAFIN. ¡Señora!

RAFAELA. ¡Ay caballero! No sabe usted los sustos que paso por esa malhadada prenda... ¿Está compuesta?

SERAFIN. Lo estaba.

RAFAELA. ¿Cómo es eso?

SERAFIN. Muy sencillo. La estaba arreglando el volante, pensé en aquel momento en una enfermedad contagiosa, que desgraciadamente reina en mi casa, y se me cayó de las manos, rompiéndose el cristal.

RAFAELA. Pues colóquele usted otro.

SERAFIN. Es imposible. Está además abollado y tiene roto el pelo. Dentro de dos dias, con seguridad, la la tiene usted en su casn.

RAFAELA. ¡Ay Dios mio! Y cómo me arreglo yo ahora?

SERAFIN. Pero señora, su marido de usted no será ningun tirano de Pádua. Dígale usted la verdad.

RAFAELA. De ningun modo. Tiene un carácter muy irascible. Esa áncora se la regaló el ministro en prueba de un servicio que prestó al Gobierno, y él, que es fanático, no la daria por todo el oro del mundo. A mas de eso es tan celoso que no me es posible salir de casa sin que me expíe y tengamos un grave disgusto. Ahora mismo cuando venia á escondidas, me seguia uno de sus subalternos. Porque ha de saber usted que mi marido es jefe de policía.

SERAFIN. Vamos, un sabueso ministerial.

RAFAELA. Caballero.

SERAFIN. No trato de ofenderle.

RAFAELA. No porque yo sea desgraciada le concedo á nadie el derecho de vituperar su conducta. Con que ¿cuándo estará?

SERAFIN. Pasado mañana sin falta.

RAFAELA. Bien; yo enviaré á mi criada. Traerá una tarjeta mia, y para que no haya confusion, le daré

á usted otra igual á la que ella ha de traer. (*Le entrega una tarjeta.*)

SERAFIN. Rafaela Zaldívar de Silvestre.

RAFAELA. Servidora de usted. Ahora otro favor.

SERAFIN. Concedido si está en mi mano.

RAFAELA. Para no dar lugar á comentarios, quisiera, si le es posible, que me hiciere salir por otra puerta con objeto de que no me vea el expía que me ha seguido.

SERAFIN. Pues casualmente tiene esta casa dos salidas.

RAFAELA. ¡Qué fortuna!

SERAFIN. Por aquí. (*Saca una caja de fósforos y enciende una cerilla.*)

RAFAELA. Gracias, caballero.

SERAFIN. Pase usted primero. (Lástima que tenga un salvaje por marido.)

ESCENA VI.

DON LEON SILVESTRE, DESPUES SERAFIN.

LEON. Aquí me ha dicho el polizonte que tengo de expia, que la ha visto entrar.... Lo que me temia; tiene un... se me atraganta la palabra. Pero yo les sorprenderé y, ¡ay de ellos si los encuentro! Anoche en medio de su sueño la oí exclamar... «Relojero, que no se entere mi marido.» Infame quiere robarme mi prenda más preciada, el amor de mi esposa. Pero ¿dónde están? Quiero confundirlos... quiero... ¡Ola! (*Viendo salir á Serafin segunda derecha.*)

SERAFIN. (*Saliendo.*) ¡Calla! ¿Por dónde ha entrado usted?

LEON. Por la puerta.

SERAFIN. (Sin duda se la dejó abierta esa señora.)

LEON. (Este debe ser, tengamos calma.)

SERAFIN. ¿Y en qué puedo servirle, caballero?

LEON. ¿Es usted el dueño de la tienda?

SERAFIN. El mismo. Serafin Pinchauvas, relojero.

LEON. Infame, ¿luego eres tú?

SERAFIN. ¿Caballero, qué improperios son esos? ¿Quién le concede á usted el derecho de tutearme?

LEON. Yo que me lo tomo.

SERAFIN. Y ¿por qué?

LEON. Por que soy el dueño de ella.

SERAFIN. ¿De quién?

LEON. De doña Rafaela Zaldívar.

SERAFIN. (Adios! ¡El dueño del áncora!)

LEON. ¿Dónde está?

SERAFIN. Allí la tengo en mi taller en observacion.

LEON. (Para expiarme; pero se ha llevado chasco.) ¿Y usted lo confiesa?

SERAFIN. Claro, ¿tiene eso algo de particular? Ya la tendria usted en su casa si no fuera porque se cayó hoy.

LEON. ¿Y se hizo daño?

SERAFIN. No señor; lo único que se estropeó fué el pelo.

LEON. (Así se hubiera matado.) Entréguemela ahora mismo.

SERAFIN. Así, ¿estropeada?

LEON. ¿Cómo?

SERAFIN. Justo; espere usted un par de dias más y la dejo como nueva.

LEON. Caballero... no lleve usted su cinismo hasta el insulto. Quiero beber la sangre de ustedes.

SERAFIN. La mia...

LEON. Y la de mi mujer.

SERAFIN. (Pobre señora; la salvaremos.) Mire usted, caballero, á mi me la entregaron flamante, y yo solo soy el que la echó á perder.

LEON. ¡Miserable! Basta de insultos. Tome usted mi tarjeta. Le prometo que no se olvidará más de mi nombre.

SERAFIN. (*Leyendo la tarjeta.*) Leon Silvestre. Ave-María Purísima.

LEON. Armas, caballero, armas.

SERAFIN. ¿Para qué?

LEON. Y lo pregunta! para enviarle á usted esta noche á cenar con San Pedro.

SERAFIN. Yo cómo á la francesa; no ceno.

LEON. ¿Con que no elige usted armas?

SERAFIN. No, y mil veces no. (Yo voy á decir la verdad.)

Mire usted, señor mio: lo cierto es que cuando vino á mi poder ya estaba muy estropeada.

LEON. Esto más... Y quien, ¿quién fué?

SERAFIN. (Pues la voy enmendando; y si le digo que fué su esposa, la estrangula.)

LÉON. ¿Se calla usted? Bueno, yo le haré cantar claro. Cante usted, ó muere.

SERAFIN. (Vaya unos caprichos que tiene este señor.) Bueno hombre, bueno, yo cantaré, pero usted debe acompañarme; ¿sabe usted tocar algun instrumento?

LEON. ¿Pero usted se ha propuesto divertirse conmigo? Prepárese usted á morir. (*Sacando un revólver.*)

SERAFIN. Si yo no sé prepararme para eso. (*Leon le apunta.*) Pero oiga usté, atienda usté á razones.

ESCENA VII.

LOS MISMOS; DOÑA ELADIA Y EMILIA.

EMILIA. ¿Quién promueve este escándalo?

SERAFIN. El señor, que es un perdona vidas y quiere por una simpleza obligarme á batirme.

LEON. ¡Y lo llama simpleza!

SERAFIN. Ay!... Ay!...

ELADIA. Pero caballero, ¿qué le impulsa á usted á atropellar á mi yerno?

LEON. ¿Es su yerno? Me alegro: sepa usted que ese hombre inícuo tiene encerrada en ese cuarto á la prenda más querida de mi corazon; él mismo me lo ha confesado.

SERAFIN. ¿Y qué tiene eso de particular?

LEON. ¿Lo vé usted? Si es un canalla.

SERAFIN. Señor Salvaje.

LEON. Silvestre.

SERAFIN. Bueno, señor Silvestre Salvaje: sepa usted que me va faltando la paciencia.

EMILIA. ¡Ah! ¿con que era verdad lo del anónimo?

SERAFIN. Pero, ¿qué tiene que ver?

ELADIA. Yerno! yerno! *Tollita causan. Tollitum efectum.*

SERAFIN. Verán ustedes ahora el lio que me van á armar entre los tres.

LEON. Por lo visto ustedes tambien saben...

EMILIA. Sí señor, á mi, que soy su esposa, me lo anunciaron esta mañana en un anónimo. Pero no me decia que era casada.

LEON. Pues es mi esposa.

SERAFIN. Si el señor no habla ahora de su mujer.

LEON. Sí señor, que hablo de ella.

SERAFIN. ¡Ay que lio!

EMILIA. Su esposa de usted ¿no es una suripanta?

LEON. Mi mujer una suripanta, ¿quién ha dicho eso?

ELADIA. (Buena ocasion para vengarme.)

LEON. ¿Quién ha sido?

ELADIA. El.

SERAFIN. Mentira, mentira.

LEON. ¡Calumniador!

EMILIA. ¡Infiel!

LEON. ¡Villano!

ELADIA. ¡Revolucionario!

EMILIA. Así me faltas.

ELADIA. Vénguenos usted, caballero; pártale la vértebra en dos pedazos y concluyan así esos amores.

SERAFIN. ¿Pero qué amores?

EMILIA. Ay! ay! ay! (*Cayendo desmayada en una silla.*)

ELADIA. ¡Hija mia!

LEON. Yo entraré.

SERAFIN. Atrás. (Si descubre á Cárlos, somos perdidos.)

LEON. Paso, ó sino...

SERAFIN. Señor Silvante... Salvaje ó Silvestre, como se acerque usted le salto un ojo. Ea, ya toqué á degüello! Brrr, fuera de mi casa.

ELADIA. ¡Hija mia! ¡que se muere!

SERAFIN. ¡Que la entierren!

ELADIA. Vándalo.

LEON. Ahora mismo voy por las armas; le doy de vida tres horas. (*Váse foro derecha*).

SERAFIN. (Las suficientes para que no me veais el pelo. De buena nos hemos librado si llega á ver á Cárlos.)

ELADIA. ¡Hija mia! no alienta...
SERAFIN. ¡Demonio! ¡Emilia! ¡Emilita!
EMILIA. ¡Ay!
SERAFIN. Emilia.
EMILIA. Vaya usted á paseo. (*Poniéndose instantáneamente de pié y marchándose primera izquierda.*)
SERAFIN. ¡Mamá Eladia!...
ELADIA. Quítese usted de mi vista. (*Váse primera izquierda.*)

ESCENA VIII.

SERAFIN, DESPUES CÁRLOS Y RAFAELA.

SERAFIN. ¡Uf! (*Echándose aire con un pañuelo.*) Quisiera que ahora mismo se cayera la casa y me aplastara ó ardiera por los cuatro costados para gozarme en mirar el espectáculo.
CÁRLOS. ¿Y qué conseguirias con eso?
SERAFIN. ¿Eres tú?
CÁRLOS. Sí; yo que vengo á consolarte y á mostrarte mi gratitud.
SERAFIN. De buena has escapado.
RAFAELA. ¡Ay Dios mio qué desgracia! (*Saliendo.*)
CÁRLOS. ¡Rafaela! (*Abrazándose.*)
RAFAELA. ¡Cárlos! (*Idem*).
SERAFIN. ¡Calla! ¡y se abrazan! Poco á poco; yo no consiento actos tan ilegales en una casa donde imperan las buenas costumbres y una moralidad intachable.
RAFAELA. ¡Caballero! ¿en qué concepto me tiene usted?
CÁRLOS ¡Es mi hermana!
SERAFIN. Tú... ¡bruto... de mí!
CÁRLOS. Pero ¿qué te pasa que vienes tan asustada?
RAFAELA. ¡Ay Dios mio! ¡aun me tiemblan las carnes! Mi marido ha entrado en casa queriendo matar á todo el mundo.
SERAFIN. ¡Sopla!
RAFAELA. Ha entrado en su armería y ha cargado dos pistolas, diciendo que va á matarle á usted, y como es tan...

SERAFIN. ¡Bruto!

RAFAELA. Caballero.

SERAFIN. No, si no lo digo por alabarlo.

CÁRLOS. Pues bien, yo no estoy en el caso de sacrificar la tranquilidad de Serafin. Yo le hablaré.

SERAFIN. Eso es; nos prenden y á los dos dias nos aprietan el gañote en la Pradera de Guardias.

RAFAELA. ¿Á usted, por qué?

SERAFIN. Por encubridor. Me ha caido esa ganguita á última hora. (*Campanillazo.*)

RAFAELA. ¡Ah! será él.

SERAFIN. De seguro, ¿no oye usted la suavidad del campanillazo? (*Sigue la campanílla.*)

CÁRLOS. Pues bien, idos; yo le conveceré...

RAFAELA. ¡Hermano mio! ¿qué vas á hacer? ¿No sabes que es inflexible en el cumplimiento de sus deberes? Te entrega.

CÁRLOS. Nada me importa.

RAFAELA. Pero á mi sí, ¡caramba! ¿Quieres que cargue con el remordimiento de tu muerte? Cárlos, ven. (*Campanillazo*).

SERAFIN. ¡Anda! repica hijo; su marido de usted debe haber sido sacristan. (*Campanillazo.*) Que van digo. Ocúltate, hombre.

CÁRLOS. Bueno, pero te advierto que á la menor señal salgo.

SERAFIN. Bueno; pero ocúltate.

(*Rafaela y Cárlos se ocultan primera puerta derecha; Serafin sale foro derecha á abrir la puerta á D. Leon.*)

ESCENA IX.

SERAFIN Y DON LEON: éste entra cargado con dos sables, dos floretes y dos pistolas; Serafin sale antes horrorizado.

SERAFIN. ¡Jesús!

LEON. Caballero, dispénseme usted si le he hecho aguardar. (*Pone las armas encima de la mesa.*)

SERAFIN. (Qué suave viene.)

LEON. ¡Como no quedamos convenidos en qué clase de armas elegiría usted, en la duda traje estas.

SERAFIN. Son pocas; debia usté haberse traido el Museo de Artillería.

LEON. Menos burlas. Puede usted escojer.

SERAFIN. ¡Mire usted señor mio! Antes de dar un paso tan peligroso como este, deben medirse y pensarse bien las cosas.

LEON. Menos charla y al avio; abajo nos espera el coche.

SERAFIN. Dígale usted que suba.

LEON. ¿Á quién?

SERAFIN. Á ese caballero.

LEON. Si es el coche.

SERAFIN. ¿El coche? ¿Y para qué es ese coche?

LEON. ¡Rayos y truenos! ¿Para qué ha de ser? Para enviarle á usted al otro mundo más que de prisa.

SERAFIN. Gracias; yo espero verlo muy despacio.

LEON. ¿Me sigue usted ó nó?

SERAFIN. ¿Pero á dónde?

LEON. ¿Se niega usted? ¡Canalla!

SERAFIN. Oiga usted, tocayo.

LEON. ¡Otro insulto!

SERAFIN. Hombre, no.

LEON. Acabemos de una vez. ¿Elije usted armas?

SERAFIN. Sí señor.

LEON. ¿Cuáles?

SERAFIN. Las de Villadiego. (*Quiere escaparse.*)

LEON. ¡Infame! (*Pegándole,*)

SERAFIN. Ya esto pasa de castaño oscuro. ¡Venga un arma! (*Coje una pistola.*)

LEON. ¡Gracias á Dios!

SERAFIN. ¡Ea, en guardia!

LEON. Poco á poco, eso no vale; yo estoy desarmado. (*Retrocediendo.*)

SERAFIN. Tome usted. (*Arrojándole á los piés un sable.*)

LEON. Hay desigualdad en las armas.

SERAFIN. No importa, soy generoso.

LEON. ¡Vaya una generosidad!

SERAFIN. ¿Pues no le doy á usted la más larga?

LEON. Déjeme usted cojer otra pistola.

SERAFIN. Como se acerque usté á la mesa le aposento una bala en lo mollera.

LEON. ¿Pero no ve usted?...

SERAFIN. Estoy ciego.

LEON. Escuche usted.

SERAFIN. Soy sordo. En guardia.

LEON. Pero esto es un asesinato.

SERAFIN. ¿Pues no dice el muy gallina que es un asesinato y le dejo escojer armas?

LEON. ¡Voto vá!

SERAFIN. Ande usted, ¡cobarde!

LEON. ¡Cobarde yo! Allá voy. (*Dispara Serafin y no sale el tiro.*)

SERAFIN. Á las tinieblas me acojo. (*Apaga la luz*).

LEON. Toma, seductor inícuo toma. (*Pincha en una silla*).

SERAFIN. (Esta es la mia.) ¡Ay! soy muerto. (*Cayendo al suelo en la primera puerta izquierda.*)

LEON. Sacié mi venganza, huyamos.

ESCENA X.

LOS MISMOS Y RAFAELA, EMILIA CÁRLOS Y DOÑA ELADIA: ésta trae luz y al ver á Serafin tendido salta por encima de él.

ELADIA. ¿Pero qué sucede aquí? ¡Ay, un muerto!

EMILIA. ¡Muerto! ¡Ay, Dios mio!

RAFAELA. ¿Qué has hecho, desdichado? Ese hombre era inocente.

CÁRLOS. El verdadero culpable soy yo.

LEON. ¿Usted? Pues bien, yo le declaro que una vez empezada la carrera del crímen, no me detengo. Elija usted armas.

CÁRLOS. Con una sola le mato á usted.

LEON. ¿Á mí?

CÁRLOS. Soy Cárlos Zaldívar, hermano de Rafaela.

LEON. Conque el señor es...

RAFAELA. Mi hermano, el capitan á quien no conocias.

LEON. ¿Y por qué no se me ha presentado?

CÁRLOS. Por una razon muy sencilla. Estoy perseguido por la última insurreccion.

LEON. Cuya amnistía sale mañana en la *Gaceta*.

¡Oh! felicidad.
¿Luego el culpable era ese?

ELADIA. Caballero, mi yerno era. Y aunque como madre lo sienta, como mujer aplaudo su conducta, por que para convencerme que engañaba á mi niña, le escribí un anónimo fatídico, y su turbacion me descubrió la verdad.

SERAFIÑ. (Gracias, suegra).

ELADIA. ¿Por qué me llama usted suegra?

LEON. Yo no la he llamada á usted nada.

EMILIA. (Era ella.)

RAFAELA. Ese hombre era inocente. Su único delito consiste en haberle dado á componer tu áncora que yo habia roto.

EMILIA. ¡Serafin! ¡Serafin mio! Perdona si dudé de tí.

SERAFIÑ. (Calla que no estoy muerto.)

EMILIA. ¡Ah!

TODOS. ¡Eh!

EMILIA. (*Trémula.*) Nada, nada.

LEON. (*Contemplando á Serafin.*) ¡Ahora comprendo los equívocos! ¡Pobre hombre!

SERAFIN. (*Levántandose.*) No, que soy rico.

TODOS. ¡Ah!

SERAFIN. Con esta muerte finjida he logrado tres cosas: primero, la reconciliacion de ustedes; segundo el cariño de mi esposa, y tercero, averiguar...

ELADIA. Lo mucho que yo sentia tu muerte, ¿no es verdad, hijo de mi alma?

SERAFIN. Justamente. Y yo agradecido á su cariño, ordeno y mando que dentro de dos horas lie usted el petate y se marche.

ELADIA. ¿Qué dices á esto, hija mia?

EMILIA. Yo callo, mamá.

SERAFIN. Y por lo tanto otorga.

Mucho por usted sufrí
pese á mi fortúna negra;
más desde hoy, señora suegra
renace la dicha aquí.
Y como obsequio de flores
de nuestra dicha cumplida,
nos darán por despedida
un aplauso estos señores.

7-1

PUNTOS DE VENTA.

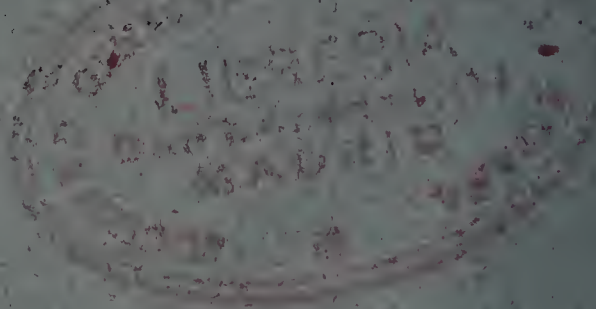
MADRID

Librería de los Sres. Viuda é Hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.



Precio: 2 Pts